

COLGANTE “SAPO”

Plata sobredorada

Laminado, hilado y filigrana

8,4 x 4,3 cm; 10,3 gr

Taller gallego

Siglo XIX- Primer cuarto del siglo XX

Nº Inv. 4.810

Esta pieza forma parte de la joyería tradicional de una amplia zona del noroeste peninsular que abarca no sólo Galicia, donde por su morfología recibe el nombre de *sapo*, sino también las provincias de Zamora, Salamanca y otras partes de Castilla-León, donde tal tipología es más conocida por la denominación de *galápago*.

Se trata de un colgante de plata sobredorada, compuesto por tres cuerpos independientes, articulados entre sí, que forman en su conjunto una especie de triángulo invertido. El cuerpo mayor o superior tiene forma ultrasemicircular y está formado por hilos en espiral que trazan pétalos alargados, con un botón central convexo ceñido por un cordoncillo trenzado, y siete rosetas de seis pétalos en el campo; el perfil exterior tiene una orla de pequeñas rosas y contorno festonado. Su apariencia recuerda la cola de un pavo real. Por el reverso lleva una lengüeta vertical para suspensión. El segundo cuerpo es trapezoidal, en forma de lazo calado a base de roleos conformados por recortes de lámina de plata, salpicados de rosetas y pequeñas rosas, y con un casquete semiesférico en el centro. El cuerpo inferior es triangular y repite la misma ornamentación, distribuida de forma simétrica, como en el resto de la pieza. Los remates de los extremos son también flores y los intercuerpos que ensartan las tres partes son sortijas verticales.

El modelo parece derivar de la principal alhaja utilizada en el siglo XVIII entre la nobleza española, los llamados “petos”, unas joyas de gran tamaño y valor que las mujeres llevaban en el pecho y que, a veces, llegaban a cubrir desde el escote hasta alcanzar, o incluso sobrepasar, la cintura. Estaban compuestas por uno o más cuerpos, desmontables y combinables entre sí, que formaban un triángulo invertido y llevaban pasadores en el dorso para sujeción. Aunque en versión mucho más modesta, el sapo puede considerarse, así, una joya popular de origen o inspiración culta. Ya Vicente Risco hacía una apreciación en este sentido cuando, en la

Etnografía de la Historia de Galicia, dirigida por Otero Pedrayo, al referirse a las joyas -arracadas y medias lunas para las orejas y broches para el pecho llamados “sapos”- evoca nuestras joyas prehistóricas y escribe: *No se sabe bien hasta que punto se puedan dar por populares, aunque sean tradicionales.*

El *sapo* -en oro, plata en su color o plata sobredorada- constituía un elemento esencial del ornato usado con el traje tradicional. Pero no era una alhaja que se utilizara a diario, es decir, con las ropas de faena, sino que la lucían las mujeres con el denominado traje de guarda o de gala. Este atuendo, mucho más complicado y rico que el primero, tanto por la calidad de los tejidos como por la variedad de las piezas y riqueza de los adornos y complementos, se ponía con ocasión de determinados actos de carácter festivo: fechas especiales y ceremonias, como los días de fiesta de la parroquia, romerías, bautizos o casamientos.

Otro aspecto a considerar es la forma de uso del colgante. Lo habitual era que formara parte de un sencillo aderezo, en ocasiones compuesto tan sólo por el juego de pendientes y sapo, aunque no era infrecuente que incluyera también los demás tipos de alhajas. Podía llevarse de manera aislada, tanto en forma de broche -sujeto entonces normalmente sobre el dengue u otra prenda- como de collar, colgando directamente sobre el cuello, mediante un hilo de cuentas ensartadas; así lo vemos en el ejemplar que conserva el Museo Sorolla, seguramente el mismo que sirvió de modelo para el cuadro que representa a una campesina gallega, dentro de su conocida serie de tipos y trajes populares. Otra de las maneras en que las mujeres lucían estas piezas era formando parte de una composición más compleja en la que llevaban uno o varios de estos colgantes con otros diversos elementos de joyería profana, en los que la primacía de las joyas reside en su aspecto ornamental, y los mezclaban con otros objetos como cruces, medallas, relicarios, etc., en los que prevalece el sentido religioso o devocional.

Aunque no contamos con datos documentales sobre el origen de la pieza que hoy presentamos, ni sobre la historia de su ingreso en el museo, creemos que debió de ser realizada en alguno de los talleres que consta existieron en Galicia, dedicados, entre otras labores, a la ejecución de joyas y aderezos. Santiago de Compostela y diversas villas de su entorno como Noia y Padrón, y también Betanzos o Tui, fueron los lugares principales de fabricación, quizás Padrón más que ninguno otro, de ahí que este adorno sea conocido también como *filigrana de Padrón*, lo que hace referencia

además a su técnica constructiva. Esta denominación la recoge, en su conocida obra *El traje gallego*, D. Antonio Fraguas, figura imprescindible en todo lo que se refiere al conocimiento de la indumentaria popular o tradicional gallega, incluyendo sus complementos.

No es fácil establecer una cronología tipológica de estas piezas, pues se advierte una constante repetición de los modelos desde mediados del siglo XVIII hasta el primer cuarto del siglo XX, que es cuando cierran los importantes talleres de Padrón, últimos en la interrumpida tradición popular.

Estos objetos, como elemento de la joyería tradicional que son, están íntimamente ligados a la indumentaria popular. Le sirven de adorno y complemento, y acompañan a la gente a lo largo de toda una vida, antes de pasar por herencia a la siguiente generación, como fieles testigos de las personas que las utilizan y reflejo de la sociedad donde se exhiben, del gusto de sus gentes y de las habilidades técnicas de sus artífices.

Además de su función como elemento ornamental, de su elaboración artística y de su valor intrínseco, mayor o menor según la cantidad y riqueza del material empleado en su ejecución, las joyas tradicionales encierran en sí toda otra serie de valores, muchas veces vinculados al mundo de las creencias. Nos hablan de raíces ancestrales, de antiguas tradiciones, devociones y sentimientos. Sirven asimismo como manifestación social de poder, riqueza o rango, identificando la posición social o económica de la persona que la lleva, y aparecen, muchas veces, envueltas en la esfera del simbolismo, ya sea con evidentes connotaciones religiosas o mágicas y taumatúrgicas.

Tales alhajas, se manifiestan actualmente como testimonio de un tiempo pasado, ya definitivamente perdido, convirtiéndose en piezas de museo - ejemplares varios hay en el Museo do Pobo Galego, en el Museo del Traje, etc.- y objetos de colección en manos de particulares, muchas veces como resultado de herencias familiares. No obstante hoy en día son utilizadas por los grupos folclóricos en sus actuaciones y por ello siguen siendo elaboradas por distintos orfebres que intentan repetir los modelos tradicionales conocidos.